

Alerce

N° 97, septiembre de 2022. Sociedad de Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Quimantú: un legado de plena vigencia en la ruta democratizadora de la cultura

David Hevia

El 4 de noviembre de 1970, al asumir como Presidente Salvador Allende Gossens, se puso en marcha un Programa de Gobierno que buscaba generar las condiciones necesarias para ir forjando un pueblo “apto científica y técnicamente”, así como “abierto masivamente a la creación y goce de las más variadas manifestaciones del arte y del intelecto”. De esa manera, la idea de democratizar el conocimiento incluyó iniciativas como el Plan Nacional de Becas, el despliegue alfabetizador, la extensión de la escolaridad adulta, la inyección de recursos a las universidades, el fomento de la industria cinematográfica y el desarrollo de medios de comunicación de carácter público que desactivaran el monopolio de la prensa. En medio de ese despliegue, tuvo lugar un proyecto hasta entonces inédito. La editorial Zig-Zag enfrentaba una grave crisis económica que se expresó en un conflicto con sus trabajadores, quienes, en noviembre de 1970, acordaron un paro de actividades con el objetivo de que la firma fuera integrada al área social de empresas del Estado. El proceso desembocó en la firma, el 12 de febrero de 1971, del acta de compra de todos los activos de Zig-Zag, y el 1 de abril de ese año se fundó la Sociedad Empresa Editora Quimantú

Limitada, que dio comienzo a sus actividades con fondos proporcionados por dos socios accionistas: la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) y Chilefilms.

Quimantú —es decir, “Sol del saber”, en mapudungún—, tras proponerse facilitar el acceso al libro y la lectura a través de estrategias de producción y distribución que abarataban los costos, se organizó en tres áreas: División Editorial, División de Publicaciones infantiles y Educativas y División Periodística. Bajo dicha articulación surgieron colecciones tales como *Nosotros los chilenos*, *Quimantú para todos*, *Cuadernos de Educación Popular*, *Camino Abierto*, *Clásicos del Pensamiento Social*, *Cuncuna* y muchas otras. Ello, además de revistas como *Cabrochico*, *Onda*, *Paloma*, *La Quinta Rueda*, *Ahora*, *Mayoría*, *La Firme* y *Estadio*. En cuanto a la publicación de libros, en tanto, a grandes rasgos se apostó por un diseño sencillo y de pequeño formato, como fue el caso de la colección *Minilibros*, que editó clásicos de la literatura nacional y universal. Con tirajes que fluctuaban entre los 20.000 y los 50.000 ejemplares, la compañía, dirigida por el escritor costarricense Joaquín Gutiérrez, no solo redujo radicalmente los costos, ofreciendo obras de calidad por un precio inferior al de una cajetilla de cigarrillos, sino que aseguró la llegada de tales volúmenes a contextos sociales humildes y hasta entonces inalcanzables en el rubro, a partir de un modelo de circulación y distribución que amplió el radio de las librerías y se valió de la venta masiva en quioscos.

El resultado de ese camino es una lección histórica sobre el aporte que la alianza entre los trabajadores organizados y el Estado pueden hacer a la sociedad en su conjunto. En abril de 1971 se había vendido 5.000.000 de libros a razón de 800.000 ejemplares al mes, mientras que en los siguientes meses, y hasta antes del Golpe Militar del 11 de septiembre de 1973, las ventas totalizaron 11.164.000 ejemplares, cifra a todas luces impresionante si se considera, por ejemplo, que la población del país era la mitad que la actual. Por

otra parte, hasta 1970 un título de alto impacto podía llegar a un tiraje de hasta 5.000 copias, pero con Quimantú esos números se multiplicaron de manera considerable. En febrero de 1972, de hecho, la edición de *Cuentos de rebeldes y vagabundos*, de Máximo Gorki, correspondiente a la colección *Quimantú para todos*, constó de 50.000 ejemplares. El catálogo de la serie *Minilibros*, a su turno, publicaba 80.000 volúmenes por cada título. Por otro lado, los *Cuadernos de Educación Popular* tenían un mínimo de 100.000 ejemplares y en ocasiones registraron el record de 250.000 por número.

Al recordar lo que fue la experiencia de ese sello editorial, compuesto por alrededor de 1.500 obreros, Joaquín Gutiérrez manifestó: “La gente andaba con sus libritos en la mano para leer en los buses. Era muy lindo el cariño que se despertó en los trabajadores por la cultura. Logramos cambiar socialmente el panorama del libro, porque hasta ese momento era privilegio de una élite”.



Sandriuska Theremin y la belleza del verso en *La danza de las esferas*

Escritora y compositora de piezas musicales como *Una mujer* (2019), de Gabriela Mistral, y *Padre nuestro* (2019), de Winétt de Rokha, de su puño y letra procede también el ensayo *Los sonidos del éter* (2020). Su obra ha sido incluida en diversas antologías, entre las cuales destaca *La flor en que amaneces* (2020). En 2022 publica *La danza de las esferas*, versos de armónica sonoridad que van blandiendo ideas enlazadas, como los agudos collages de la autora que pueblan las páginas. A ese libro corresponden las siguientes piezas.

Átomo

Átomo

Pequeña partícula
que germina desbordando
ríos

mares

torrentes de sangre

el universo entero

Átomo que siembra savia

Fulgor

De pronto el hombre

lo toma, lo rompe, lo destruye

como lluvia

de

bombas

abrigando

la

muerte

La danza de las esferas

Esferas rojas y anaranjadas

bailan en el cielo

abrasan el jardín

rompen ventanas

invaden la habitación

des

me

nu

zan

mi

cuer

po

La Belleza

Escuchar el canto de los pájaros

Observar la imponente cordillera

palpar el rocío del viento

escuchar la lluvia

caminar sobre hojas ambarinas
de otoño.

Mirar una fotografía

de mis abuelos

mientras escucho Cocteau Twins.

Perderme en la orilla

mis pies en la arena

el sonido de las olas

que arremeten contra las olas.

Embriagarme de aromas.

Sandriuska Theremin



En sólo cinco meses de actividad editorial, Quimantú ha vendido millón de libros.

María Teresa Pérez Domínguez: la cotidiana lucidez de la poesía

Nacida en Lota el 7 de octubre de 1971, María Teresa Pérez Domínguez es miembro de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) y ha participado en talleres de creación literaria dirigidos por el poeta Osvaldo Ulloa. Autora de los títulos *A punto de estallar*, *Grisú* (2005) y *Nudos* (2010), su obra ha sido incluida en antologías entre las que destaca *Cuentos y poemas del mundo minero* (1998). Sus sentenciosos versos poseen esa hermosura que arranca un diario de vida a la piel y obsequia una idea a quien quiera oírlos. Del libro *Cuestiones amargas* (2020), compartimos en *Alerce* estos cantos.

Nube pájara

Nos habitaremos aun sea
Improcedente tumbar la materia
Desnuda sobre el agua.

Nostalgia suficiente
De esporas planetarias
Abraza la espesura
Nube pájara que lloviera.

Quisiera entre gotas
Transferirnos su sequía
Pero estamos tan cerca de tocarnos.

Las estaciones que acaparan
El deseo
Aceleran vientos
Truenan
Caen solas
Milimétricas.

Y son torcidos los áridos hilos
Que los dedos enredan
Cargan cielos
Vértigos difusos
Desacuerdos amorosos
En instantes secretos.

Pueden herirnos casi
Lamiendo signos vitales
Lánguidos quejidos
Que nutren
Y en su dulzura
Corriente de brisa



Volados labios
Étéros que chocan
Separan los grises
Aman celosos
Reverdecen
Vértebras sonoras
Una pausa
Nada que decirnos.

Raras y hermosas

Era totalmente bueno
El estruendo de la poesía
Aunque no me quisieras
Aunque fueran pasando los años
Y yo me hiciera
Un hueco enorme en los labios
Pretendiendo
En un solo charco
Moldear la sangre de aquellas
Raras esquirlas
Las que me ilusionan
Aunque no hayas querido ver
Tan hermosas
Reacciones adversas
Que les cuelgan
Reformulando los preludios de amor
Que dejaste
Y por tanto te esperan.

Espejo

Desafiada
Te ligo al desorden de un armario.
Mi ropa, raíces albergadas que te quedan bien
Porque de mí procede llenarte
De minerales que se amanecen buscando fragmentos
En la memoria.
Pequeñas piedras,
Carbón por descuido de mí misma
Expuesta al trajín discontinuado
De hollines y poemas;
Tras esa columna de humo
Resuelvo herir con los ojos cerrados.

Pienso

Recibo en mis piernas
Canto
Soporte
Una postura.

En su centro, no miento
Se hace lo que se puede
Corrijo poco
Y avanzo de igual manera.

Poca exactitud
Hacia los bordes
Con riesgo a la insolencia.

Con cargo a la existencia
Sola de una semilla.

La de ayer
La que se comieron los pájaros
La que supo convivir con los muertos
Y dejarme
Hembra silenciosa
Con sal
A la deriva de mis huesos.

Pobre
Como si no tuviera regreso
De mis piernas.

Húmeda
De los pies a los pelos
Quien descuida la rabia
Conforme se regenera.

María Teresa Pérez Domínguez

Diógenes el Cínico

Diógenes de Sínope, más conocido como el Cínico (404-323 a.C.), fue un pensador griego cuya mayor singularidad era su cinismo. Dado que no se conserva ningún escrito suyo, solo es posible reconstruir sus ideas a través de las numerosas anécdotas que circularon y siguen circulando sobre su figura estafalaria, las cuales reflejan más un modo de vida que una filosofía consistente y organizada. Llamado por Platón “Sócrates delirante”, iba siempre descalzo, vestía una capa (a veces iba desnudo) y vivía en un tonel que probablemente conservaba un penetrante olor a vino griego, rechazando los convencionalismos, los honores y riquezas; para él, la virtud era el bien supremo. Como parece bastante razonable, teniendo en cuenta la malicia popular, fue objeto de burla y, a la vez, de respeto entre muchos atenienses, y para el estoico Epicteto, que nunca durmió en el interior de un tonel, fue modelo de sabiduría. Luchaba por un estilo de vida ascético y lo ponía en práctica; se basaba en la autosuficiencia y en un riguroso entrenamiento del cuerpo para tener las menores necesidades posibles: respirar, comer poco, caminar, dormir, mear y cagar en cualquier parte, sin importar si estaba solo o había un árbol o gente cerca de él. Con estos planteamientos y conductas callejeras hacía pedazos el ideal del hombre como animal político que con tanto entusiasmo predicaba Aristóteles. Si al animal político le quitamos lo político solo queda el animal; tal vez eso le gustaba a Diógenes. Pensaba que la felicidad se lograba mediante la satisfacción plena de las necesidades naturales en el modo más sencillo y práctico, sin estar condicionado por el peso de las instituciones, aunque no aclara si por *peso de las instituciones* se refería al peso del garrote o a la dominación de las leyes. Debido a sus actuaciones naturales, no condicionadas, realizadas en calles, plazas y cualquier otro entorno, público o privado, pero sin privacidad, se le llamó *κῶων* (perro), de donde deriva el nombre de cínico. Con sus enseñanzas y sus ejemplos cambió la ética de la ciudad por la ética del sabio, un sabio desnudo, natural, tonelero. Un sabio que paseaba por las calles de Atenas a plena luz del día llevando un farol en la mano mientras decía “busco a un verdadero hombre”. Bueno, esto es lo que nos han transmitido. Dicen los estudiosos que fue el primero de una nutrida pléyade de pensadores que entendieron la sabiduría como el rechazo de la vida ordinaria. Sin embargo, por ordinaria que fuese la vida ordinaria, parece mejor que dormir en un tonel, pasar hambre y frío y tomar agua en los charcos. Pese a ello, estos pensadores indigentes provistos de una túnica y una escudilla, orgullosos de su pobreza, vagaban mendigando por los senderos y aldeas de Grecia predicando el ascetismo, el retorno a la vida natural, el abandono de toda actividad intelectual y el desprecio a las comodidades. Por supuesto, es curioso imaginar a un pensador que se aparta de la actividad intelectual, pero hemos de dar fe de lo que nos cuentan los eruditos y los libros; de no ser así, no habría Diógenes, ni Sócrates, ni Platón. Y muchas son las anécdotas que se cuentan de Diógenes el Cínico. Una vez llegado a Atenas, fue al encuentro de Antístenes, pero este no recibía a nadie como discípulo. Entonces Diógenes decidió insistir hasta lograr su fin. Enfurecido Antístenes con el asedio, levantó su bastón y lo agitó ante la nariz del porfiado visitante. Diógenes, ofreciendo su cabeza, replicó: “Golpea, pues no encontrarás madera tan dura que sea capaz de hacerme desistir de mi empeño en lograr que me digas algo, como creo que debes hacer”.

Como puede verse, la anécdota anterior desmiente el desinterés de los pensadores mendicantes por el desarrollo intelectual. En cuanto a la dureza de la madera del bastón de Antístenes y del cráneo de Diógenes, no hay información.

Jorge Muñoz Gallardo

